SHANAE JOHNSON



El Rey y la Maestra del Jardín de Infancia

Las Realezas Rebeldes

TEKTIME

Shanae Johnson

El Rey Y La Maestra Del Jardín De Infancia

«Tektime S.r.l.s.»

Johnson S.

El Rey Y La Maestra Del Jardín De Infancia / S. Johnson — «Tektime S.r.l.s.»,

Él es el rey de su dominio. Ella es la reina de la siesta. ¿Podrán aprender a gobernar con el corazón? Esmeralda Picket reina sobre los súbditos de du clase en el jardín de infancia. Probablemente es la última adulta que todavía cree en los cuentos de hadas, porque lo único que hacen las historias para sus jóvenes pupilos es poner a los niños a dormir. Esme sueña con ser conquistada por un príncipe encantador, así que cuando un rey real la salva de los peligros de enviar mensajes de texto mientras camina, está segura de que su romance de cuento está listo para comenzar. Aunque saltan chispas entre el rey y la maestra del jardín de infancia, las páginas se atascan cuando Esme se entera de que el monarca sólo puede casarse con una mujer de sangre real. Y aunque ella es una neoyorquina de pura cepa, su sangre es de lo más roja. La primera esposa del rey Leónidas fue seleccionada para él al nacer. Ahora, viudo, León tiene derecho a elegir a su segunda esposa, pero no será el matrimonio por amor con el que ha soñado en secreto. El pequeño país de Córdoba se enfrenta a una crisis económica, y casarse con una rica duquesa aseguraría el futuro de su pueblo. ¿Pero puede su corazón permitirse otro matrimonio sin amor? A medida que Esme y Leo se van conociendo, está claro que hay algo entre ellos. Pero otra cosa -la falta de sangre real de ella- los separa. A medida que el reloj se acerca a la medianoche, ¿conseguirá Esme su final de cuento? ¿O este cuento de hadas se convertirá en algo sombrío? Averigua si el amor reinará en este desenfadado y dulce romance de compromisos reales. ¡El Rey y la Maestra de Jardín de Infancia es el primero de una serie de romances reales que van más allá del cuento común!

© Johnson S.
© Tektime S.r.l.s.

Содержание

Índice 7
Capítulo Uno 8
Capítulo Dos 11
Capítulo Tres 14
Capítulo Cuatro 18
Capítulo Cinco 22
Конец ознакомительного фрагмента. 25

El Rey y la Maestra del Jardín de Infancia

Copyright © 2019, Ines Johnson. Todos los derechos reservados.
Esta novela es una obra de ficción. Todos los personajes, lugares e incidentes descritos en esta publicación se utilizan de forma ficticia, o son totalmente ficticios. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o transmitida, en cualquier forma o por cualquier medio, excepto por un minorista autorizado, o con el permiso escrito del autor.

Traducido por Arturo Juan Rodríguez Sevilla
Editado por Cinta Pluma
Fabricado en los Estados Unidos de América
Primera edición febrero de 2019

Índice

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Epílogo

Capítulo Uno

Con la vista desde su ventana, Leo miró hacia afuera y vio las agujas de altos castillos. Altas torres de metal y cristal salpicaban el paisaje. Mirando hacia arriba, gigantescas bestias rugían y dejaban estelas de humo en el cielo de la madrugada. Luces multicolores parpadeaban a lo lejos, como si una bruja o un mago lanzara un hechizo. Abajo, en la calle, animales de tamaño natural saludaban a los niños asombrados y posaban para los bulliciosos transeúntes.

Times Square, en Nueva York, era pura magia.

Leo quería bajar y formar parte de ella. Pero eso sería imposible. El deber le llamaba. Siempre lo hacía, y por eso rara vez tenía una buena noche de sueño.

Podía vivir en un palacio lleno de sirvientes cuyo trabajo principal era atenderlo de pies a cabeza. Pero cada una de esas personas era, en última instancia, su responsabilidad. Como su monarca, sus medios de vida estaban en sus manos.

—¿Está listo para su discurso, su majestad?

El rey Leónidas se apartó del jolgorio que había debajo de él. Desempolvó el traje formal y el escudo de armas sobre su pecho. Puede que tenga un título. Podía saber manejar una espada. Pero no había cuentos de hadas ni romances en la nobleza moderna. No. Todo era negocio y protocolo.

—Es importante que se hable de los amplios recursos de Córdoba —dijo Giles, que hacía las veces de ayuda de cámara y de jefe de gabinete durante su viaje a Nueva York—. Eso atraerá más interés comercial.

—Sí, lo sé. —Leo se dirigió al espejo de pie de la suite para enderezar su corbata.

Pero Giles apartó sus manos y deshizo el nudo perfectamente recto.

—Sería muy ventajoso si pudiéramos captar el interés del gobierno español. Sus recursos encajan perfectamente con los nuestros. Sería una combinación perfecta. De hecho, ese no es el único acuerdo que beneficiaría a nuestros dos países.

Leo puso los ojos en blanco. Por desgracia, Giles no captó el gesto. El hombre estaba mucho más concentrado en hacer aún más bonito el nudo alrededor del cuello de Leo.

Habían pasado dos años desde que la primera esposa de Leo había muerto. Giles no era el único que andaba detrás de él para elegir una nueva novia. Todo el país estaba ansioso por una nueva reina, y Leo estaba empezando a sentir la presión.

Podía sentirse responsable de cada ciudadano de su país. ¿Pero eso les daba derecho a opinar sobre su vida personal? Estando en el País de la Libertad, Leo se preguntó si la democracia no era el camino a seguir frente a una monarquía.

Volvió a mirar las brillantes luces de la gran ciudad. Si fuera un ciudadano más, estaría libre de sus obligaciones y podría vivir su vida. Podría ir a Times Square. Podría asistir a un evento deportivo sin perturbar a todo el país. Podría tomar una taza de café en una tienda escondida en una esquina. Podría pedirle a una chica que saliera a tomar ese café, sin acompañantes. Era un rey de treinta años y, durante gran parte de su vida, todavía tenía que estar acompañado por ayudantes y seguridad.

Córdoba era un pequeño país insular en el Mediterráneo, entre la frontera suroeste de Francia y la frontera noreste de España. En Estados Unidos era prácticamente desconocido. Por lo tanto, su equipo de seguridad y su séquito eran mínimos. Sólo Giles y un conductor la mayoría de los días. Podía escabullirse fácilmente. Había visto a su hermano hacerlo muchas veces.

Leo se apartó de la ventana y tomó las notas para su discurso. Sabía que miles de personas dependían de él para ganarse la vida. Así que cumplió con su deber. Y cumpliría con su deber de encontrar una nueva esposa. En algún momento.

No podía invitar a una mujer al azar a tomar un café. Al igual que su primer matrimonio, su segundo sería una transacción. No del corazón, sino de los intereses nacionales.

—La duquesa española Teresa de Almodóvar viene muy recomendada. Es joven, educada, filántropa, y el historial de su familia es bastante positivo.

Leo se habría encogido si no hubiera escuchado esta letanía antes con su primera esposa. Isabel tenía todas esas mismas cualidades y se habían llevado bien. Pero hasta ahí llegaba el fuego de la pasión.

Él nunca había experimentado la pasión. Nunca lo haría. No estaba en las cartas de un rey.

Leo barajó sus notas recopiladas. Se las sabía todas de memoria. Lo que sí estaba en sus cartas era la estabilidad económica y una esposa que satisficiera una necesidad industrial y engendrara un heredero. Si conseguían llevarse bien, como él e Isabel, eso sería una ventaja, pero no un requisito.

—Han pasado dos años —dijo Giles—. Tiempo de sobra para un periodo de luto respetuoso. Córdoba necesita un heredero.

—Ya tengo una hija.

—Usted sabe que la constitución de nuestro país es patriarcal. —Giles levantó la mano antes de que Leo pudiera discutir—. No tenemos tiempo ni apoyo para cambiar esa ley. Tendrá que encontrar una nueva reina y producir un heredero varón. Si no... no quiero considerar la alternativa.

Como si les hubiera oído hablar de él, la alternativa entró a trompicones en la habitación. Una versión ligeramente más joven y mucho más desaliñada de Leo abrió la puerta y entró en la habitación.

Los faldones de la camisa de Alex estaban desabrochados. Le faltaba el cinturón. El cuello de la camisa estaba torcido, con el pintalabios visible en la tela blanca. Probablemente Alex había subido desde el jolgorio de Times Square.

Leo no envidiaba a su hermano por sus costumbres de playboy. Lo que sí envidiaba era que su hermano tuviera más opciones para amar. No es que su hermano optara por ninguna opción. Alex era de la opinión de por qué elegir cuando podía tenerlas a todas.

—Buenos días, su alteza —dijo Giles, con un tono babeante, su énfasis en la mañana.

—¿Ya es de día? Esperaba poder echar una cabezada antes de que saliera el sol. —Alex sombreó los ojos de la luz del amanecer—. Demasiado tarde. Ahí está.

—¿No has dormido nada? —preguntó Leo.

—Oh, he dormido un poco. Sólo que no en mi propia cama. —Alex se quitó la chaqueta. Y, a la manera de un verdadero bribón, la dejó caer al suelo, con la seguridad de que alguien la recogería—. ¿No me necesitas para nada hoy? ¿No hay cintas que cortar? ¿Ninguna heredera a la que entretener? ¿Ninguna prensa a la que distraer con mi careto increíblemente fotogénico?

—En realidad —dijo Leo—. Sí te necesito. Prometiste sacar a Pen hoy.

Alex parpadeó, como si despertara de un largo sueño.

—¿Lo hice?

Leo asintió.

—A visitar una escuela local. Ella quería ver una clase de preescolar.

—Bien. —Alex suspiró dramáticamente y se restregó una mano por el vello de la cara—. La pequeña guisante es la única mujer con la que mantengo mi palabra. Sólo necesito una siesta. Y una ducha. Y una muda de ropa. Y luego estaré como nuevo.

Alex se desplomó en el sofá. Cerró los ojos y salió en el mismo instante. El hombre siempre había tenido la capacidad de sumirse en un sueño satisfecho dondequiera que pusiera la cabeza. Eso era fácil cuando no tenías ninguna preocupación en el mundo.

Leo volvió a poner en orden sus notas y las guardó en el bolsillo de su abrigo. Antes de salir, asomó la cabeza a la habitación de su hija. Ella era la pequeña mujer a la que su lealtad se dirigía primero. Aparte de su deber con su pueblo, su hija era su razón de ser.

La princesa Penélope dormía plácidamente en la cama de la habitación del hotel. Su pelo oscuro se extendía sobre la funda de la almohada blanca. Un libro de fracciones yacía en la mesa auxiliar.

A diferencia de la mayoría de los niños de cinco años, su Pen prefería dormirse haciendo matemáticas. Era un rasgo que había recibido de su madre. Isabel había estudiado ingeniería en la

universidad aun sabiendo que nunca podría utilizarla en sus tareas como reina. Eso había hecho feliz a su mujer. Los números hacían feliz a su pequeña, así que él estaba más que feliz de coger un lápiz y hacer álgebra a la hora de dormir en lugar de leerle un cuento.

Perder a su madre a una edad tan temprana fue duro para su Penélope. Debería haberla dejado en casa, pero odiaba separarse de ella. Ella era el verdadero amor de su vida.

Su ángel dormía profundamente. No se atrevió a despertarla aunque quiso darle los buenos días antes de empezar su jornada. Empezaba el día temprano y no quería alterar su horario. Especialmente con su tío durmiendo en la otra habitación.

Penélope merecía una madre y él le encontraría la mejor posible. Ese sería su criterio número uno. No un avance económico para su país. En cambio, Leo se centraría en el progreso de su hija. Con determinación, Leo se dirigió a conseguir el favor de su país y a encontrar una madre para su hija.

Capítulo Dos

—Y el encantador príncipe sacó su espada y corrió a rescatar a la princesa cuando...

—¿Pero, Sra. Pickett?

Esmeralda Pickett levantó la vista del libro de ilustraciones ante la interrupción. No era la primera interrupción de la historia. Había hecho una pausa en casi todas las páginas del cuento para responder a una pregunta u ofrecer una explicación a los niños de ojos brillantes de su clase del jardín de infancia. Estaba orgullosa de su curioso grupo. Sus pequeñas mentes eran como esponjas, ávidas de absorber nuevos conocimientos.

—Sra. Pickett, ¿por qué la princesa no puede desenvainar su propia espada? —Aubrey Thomas arrugó su nariz de botón mientras trataba de resolver su problema con el cuento—. Usted dijo que éste no era el primer príncipe que intentaba rescatar a la princesa. Y todos ellos están en la guarida del dragón. Así que hay otras espadas tiradas en el suelo. ¿Por qué no coge una espada ella misma?

Esa era una lógica muy buena, sobre todo en boca de una niña de cinco años que Esme a menudo sospechaba que iba por los cincuenta. Alrededor de Esme, otras diez cabecitas movieron e inclinaron la cabeza mientras consideraban esta adición a la historia. No buscaron inmediatamente la respuesta de Esme. No, discutieron las posibilidades y los parámetros entre ellos.

Habían escuchado con atención las dos primeras páginas. Las interrupciones habían comenzado una vez que la princesa desobedeció a su padre y se adentró en el bosque. La clase de Esme se quedó boquiabierta con los ojos muy abiertos, como si nunca hubieran pensado en desobedecer a sus padres.

Jadeaban con la boca abierta y con las manos agarrando perlas imaginarias cuando la princesa aceptó comida de un desconocido. Un grupo de discusión se desató entre Kurt Willis y Carla Barrow sobre los peligros de aceptar dulces de extraños o cualquier cosa que no estuviera en un envoltorio preenvasado que tuviera los ingredientes y alérgenos claramente etiquetados para que sus mamás y papás los leyeran.

Pero la mejor había sido Tracey Chen. Había cruzado los brazos sobre el pecho, horrorizada, y sus coletas se habían agitado con el movimiento cuando Esme había descrito a la villana del cuento como una bruja malvada y había mostrado su foto. Tracey estaba segura de que Esme discriminaba a los ancianos y a los que tenían psoriasis y eczema.

¿Qué niño de cinco años conocía alguna de esas palabras, podía pronunciarlas y sabía lo que significaban? Pero, bueno, al menos todos estaban comprometidos. Y en eso consistía el aprendizaje. ¿No es así?

—De acuerdo —dijo Esme, abordando la última pregunta que le habían planteado los jóvenes —. ¿Y si la princesa cogiera la espada? ¿Qué creéis que haría?

—Con la espada, la princesa podría matar ella misma al dragón —dijo Aubrey, como si fuera lo más natural del mundo—. Así podría llegar a casa antes de la hora de acostarse, disculparse con sus padres y no recibir demasiadas consecuencias por sus actos.

—Pero matar a un dragón —dijo Carla—. Eso es crueldad animal. —Ella era vegana y lloraba cada vez que veía a uno de sus compañeros comer palitos de pollo o perritos calientes.

—Los dragones no son reales —dijo Aubrey.

—Lo son en mi cultura —dijo Tracey—. En China, simbolizan la fuerza, el poder y la buena suerte. Por eso mi pueblo los representa en los desfiles.

Kurt Willis moqueó como si la idea de un dragón imaginario sufriendo o de un dragón disfrazado en un desfile le doliera. —Creo que debería sentarse a hablar con el dragón y resolver sus problemas con palabras.

—Todas estas son muy buenas ideas —dijo Esme—. Pero, ¿qué creéis que debería hacer el príncipe?

La clase se quedó mirando en silencio.

—Me había olvidado de él —dijo Aubrey.

—¿Me recuerdas por qué está allí? —preguntó Tracey.

—¿Para rescatarla, creo? —dijo Carla.

—Pero ella ha creado el problema —dijo Aubrey—. Mi mami dice que si te metes en un lío, tienes que limpiarlo tú misma.

Esme se lo creyó. La madre de Aubrey era todo normas y procedimientos. El primer día de clase, la señora Thomas se había presentado con una carpeta de diez páginas perforadas titulada Conociendo a Aubrey. En ella estaba el ciclo de baño que la niña había seguido desde que tenía un año, y la señora Thomas insistió en que Esme lo cumpliera.

—En los cuentos de hadas —dijo Esme, llenando el silencio—, el trabajo del príncipe es rescatar a la princesa y a las damiselas en apuros.

—¿Damiselas en apuros? —tanto Tracey como Carla pronunciaron las nuevas palabras como si las escucharan por primera vez.

—Pero este es el mundo real, señorita Pickett —dijo Aubrey—. Hay una reina en Inglaterra y un montón de princesas.

—Una viene a visitarnos hoy —dijo Carla rebotando sobre su trasero.

—Pero es sólo una niña. —Aubrey puso los ojos en blanco—. Mi madre conoció a una princesa adulta. Rescató a niños de zonas de guerra.

—Ooh —dijo Kurt—. ¿Llegaste a conocerla?

Aubrey asintió. —Me trajo chocolates, pero tenían lácteos, así que no pude comerlos.

Todos los niños se volvieron y escucharon la historia de Aubrey. Y la hora del cuento había terminado efectivamente. Esme cerró el libro ilustrado.

—Muy bien, todos —dijo—. A vuestras colchonetas para dormir. Es la hora de la siesta.

Hubo un coro de gemidos, pero todos hicieron lo que se les dijo. Finalmente. Kurt fue al armario a buscar su manta especial. Aubrey sacó sus auriculares y su iPhone de su escondite. Una parte del paquete de bienvenida de Aubrey decía que tenía que hacer la siesta escuchando Brain FM.

Finalmente, todos los niños se acostaron para su siesta de media mañana. La profesora de recursos vino a relevar a Esme para su descanso del almuerzo, y vaya si Esme lo necesitaba.

Solo llevaba un par de meses en el trabajo, pero estos no eran niños normales. Cuando estaba en la universidad, soñaba con cambiar la vida de los niños, hacer que tuvieran hambre de aprender y ampliar su imaginación. El único hambre que se le permitía saciar en la Academia Preparatoria de Aprendizaje Global era el de los productos preenvasados, sin lácteos, sin frutos secos y sin gluten. La imaginación se veía ahogada porque estos niños no veían la televisión ni jugaban a juegos que no fueran educativos. Esme no cambiaba nada.

Cogió su bolso de la sala de profesores y se preparó para salir al luminoso día neoyorquino. Caminando por el pasillo de la escuela, pasó por delante de premios, reconocimientos y felicitaciones. Los niños de años pasados capturados en el celuloide parecían todos serios. Ni una sola sonrisa de alegría ni unos ojos brillantes de imaginación.

Esme seguía decidida a llevar la diversión y la alegría a la infancia de su clase. Pero primero necesitaba un descanso. Y algo de sustento.

—Señorita Pickett.

Los hombros de Esme cayeron al oír la voz del director Clarke. La forma en que decía señorita se alargaba con el sonido zumbante de una Z en lugar de la doble S. Era como si quisiera quitarle la S extra de su capucha simple y ponerle una R bien arraigada para convertirla en señora.

Esme también quería eso. El problema era que no había muchos hombres de veintitantos años dispuestos a sentar la cabeza. Los treinta eran el nuevo momento para comprometerse. Y ni pensar en hijos antes de los treinta y cinco, una vez que la carrera estaba asentada, la casa construida y amueblada al estilo feng shui y a prueba de niños.

Como la mayoría de las cosas, Esme era una fanática de las viejas costumbres. Era feminista, sin duda. Pero del tipo de las que querían igualdad de derechos y de salarios y, aun así, que un hombre le abriera la puerta y se arrodillara a sus pies. Podría dar una buena pelea junto a su príncipe si un dragón —en una torre o en un desfile— fuera tras ellos. Pero, ¿por qué debería hacerlo si él estaba bien equipado para hacerlo por ella?

—Señorita Pickett, acabo de recibir otra queja sobre material de lectura inapropiado en tu clase. ¿Algo sobre princesas, dragones y espadas?

Esme se giró. ¿Cómo lo había sabido? Acababa de salir de su clase.

—La madre de Aubrey Thomas acaba de llamar.

Aubrey —apestosa—Thomas. La niña tenía un teléfono móvil. ¿Había enviado un mensaje a su madre? Bueno, ella ya sabía leer. La mayoría de los niños de cinco años de su clase ya estaban en un nivel de segundo grado y se aburrían con sus lecciones de alfabeto.

—Los padres nos confían la preparación de sus hijos para el mundo real, Srta. Pickett.

¿Nadie creía que el romance aún existía en el mundo real? ¿Que había hombres que matarían un dragón por su verdadero amor? Aparentemente no. La mayoría de los hombres de su edad vencían a los trolls deslizándose hacia la izquierda y dejándolo así.

—Creo que tienes un futuro brillante aquí con nosotros —dijo el director Clarke—. Pero si sigo recibiendo llamadas...

—Intentaba dar una lección de moral —dijo Esme—. Sólo que no llegué al final de la historia.

—Intenta una historia diferente. ¿Tal vez una biografía la próxima vez?

Esme respiró por la nariz para mantener la boca cerrada. Los hechos, según ella, eran para los niños de cuarto grado.

—Hoy tenemos una visita muy importante. Los Príncipes de Córdoba. Queremos dar una buena impresión.

Eso era lo único que le importaba a alguien en esta escuela. Las impresiones. No la imaginación.

—Voy a buscar un trozo de tarta —dijo Esme—. ¿Puedo traerte algo?

—¿Pastel? ¿Carbohidratos por la tarde? Vaya, vaya, vives peligrosamente, Srta. Pickett.

Con otra respiración profunda por la nariz, Esme mantuvo la boca cerrada y salió del edificio. Sacó el móvil del bolsillo y le envió un mensaje a Jan para que le preparara un trozo de su pastel habitual en un plato cuando ella diera la vuelta a la manzana.

Esme pulsó ENVIAR. Cuando levantó la vista, no podía creer lo que veían sus ojos. Había un dragón en medio de la calle. Y volaba directamente hacia ella.

Capítulo Tres

La ciudad de Nueva York pasaba junto a Leo en gris cemento, azul vaquero y luces fluorescentes mientras miraba por la ventanilla del coche. Pasar junto a él era un término relativo. Podía caminar más rápido que el coche en el tráfico. La concurrida calle era más un aparcamiento que una vía de paso.

—Siento que esté tomando tanto tiempo, señores —dijo el conductor.

Se quitó el sombrero mientras miraba a Leo y Giles en el asiento trasero. El conductor era neoyorquino. Le hizo gracia saber que iba a conducir a un rey de verdad. De hecho, el hombre se había reído como una colegiala cuando se encontró cara a cara con Leo.

—Eso está bastante bien —dijo Leo.

—¿Fue eso lo que dijo que quería dejar, su realeza?

Leo había viajado mucho antes de ser coronado. En sus días de escuela, pasó mucho tiempo en Alemania, donde había dominado el idioma rudo. Después de la escuela, hizo mucho trabajo de misión en el África francófona, donde el acento era muy marcado.

Destacó en la comunicación. Excepto aquí, en Nueva York, donde los acentos de los trabalenguas, las dobles negaciones y los significados invertidos de las palabras a menudo le desconcertaban. Y viceversa, al parecer.

—No —dijo Leo—. Quiero decir que el tráfico no es culpa suya.

El conductor asintió. —Lo siento, tío. Su forma de hablar inglés es muy elegante. Ya tengo bastantes problemas para entender a la gente de Jersey.

Leo se rió de eso. A pesar de la falta de comunicación, disfrutó de la charla del conductor desde que los recogió en el aeropuerto. Habrían tenido su propio chófer cordobés, pero la embajada dijo que sería mejor tener a un neoyorquino nativo recorriendo las calles esta semana en la que diplomáticos de todo el mundo estarían atascando las vías.

Leo miró esas calles. Qué no daría por un momento de libertad. Un momento para desaparecer entre la multitud.

—¿Por qué no salimos y caminamos? —dijo Leo.

Giles resopló como si algo duro y desagradable se abriera paso desde el fondo de su garganta.

—Usted es un rey. Un rey no camina. Y menos en una ciudad extranjera.

—Nadie sabe quién soy aquí. Podría ser cualquier persona normal de la calle.

Ahora Giles arrugó la nariz como si oliera algo realmente asqueroso.

—Proviene de un linaje de grandes guerreros y líderes como los que habrían aplastado a estos rebeldes cuando se atrevieron a discrepar de su rey hace siglos. Está lejos de ser normal.

Leo echó una mirada al espejo retrovisor.

—Sin ánimo de ofender —le dijo al conductor.

—No me ofendo —dijo el conductor—. No estoy seguro de lo que ha dicho.

Leo volvió a reírse, y entonces su estómago entró en acción. —Lo que tengo es hambre.

—Ha desayunado en la suite del hotel. —Giles ni siquiera levantó la vista. Revolvió los papeles de su dossier.

—Vuelvo a tener hambre —se quejó Leo, sonando muy parecido a su hija de cinco años a la hora de dormir.

—Claro que sí —dijo Giles en voz baja, pero lo suficientemente alto como para que Leo lo oyera—. Ya casi hemos llegado. Estoy seguro de que habrá mucho que comer.

Aunque Leo llevaba la corona y estaba sentado en un trono, sentía que su vida nunca había sido suya. Antes de que fuera Giles quien le marcaba un horario, eran sus padres quienes dictaban todos sus movimientos. A veces se preguntaba si el castillo en el cielo donde residía era en realidad una jaula dorada.

Volvió a mirar el paisaje de Nueva York. Al doblar una esquina, apareció un castillo. O la aproximación de un castillo. En lugar de torretas, el toldo parecía la corteza de una tarta gorda. El cartel de arriba decía Peppers' Pies.

En el exterior de la pastelería había un cartel que daba la bienvenida a los numerosos países presentes en la Asamblea General de la ONU, situada a pocas manzanas de distancia. El coche iba lo suficientemente despacio como para que Leo pudiera leer las ofertas del día. En el menú había pasteles de carne australianos, pasteles bundevara serbios y... ¿podría ser?

—Deténgase —dijo Leo.

—Su majestad, no tenemos tiempo.

Leo miró el tablero. Todavía tenían una hora completa antes de su discurso. A Giles simplemente le gustaba llegar muy temprano a todos los eventos para evitar cualquier posibilidad de catástrofe. Aunque nunca hubo ni una sola.

—Puedes conceder a tu rey un momento para satisfacer sus necesidades más básicas.

Giles volvió a resoplar pero cedió.

El conductor se detuvo y aparcó justo delante de la pastelería. No era exactamente un lugar de estacionamiento legal, pero sus etiquetas diplomáticas les permitían un margen de maniobra.

Leo buscó el pomo de la puerta, pero Giles se le adelantó. El hombre bajó del coche de un salto y se puso al otro lado antes de que los pies de Leo tocaran el suelo.

—No hace falta que entre y arme un escándalo —dijo Giles—. Puedo deducir del cartel lo que quiere. Haré su pedido y podremos seguir nuestro camino.

La presencia de Leo en la calle podría haber causado un poco de alboroto allá en Córdoba, donde la gente sabía quién y qué era. Pero aquí, en las calles de Nueva York, nadie le dedicaba ni media mirada. Aun así, Giles le miró con desprecio cuando Leo se bajó del coche.

—Estoy seguro de que estaré bien —dijo Leo.

—Permítame un poco de humor —dijo Giles—. ¿Quiere esperar cerca del coche?

—Bien —dijo Leo con un resoplido propio. Podía soportar estar fuera respirando el aire fresco y apestoso durante unos momentos.

Con un resoplido más, Giles se dio la vuelta y entró.

Leo se giró y miró a su alrededor en la tierra de los libres. Se volvió y levantó la cabeza hacia el cielo. Mirando hacia arriba entre los gigantescos edificios, se sintió pequeño. Mirando entre el mar de gente, se sintió insignificante.

Una persona pasó por su lado y le golpeó el hombro.

—Cuidado —le dijo la persona.

Leo no aceptó la afrenta. Nunca había experimentado la descortesía en su cara. Era una experiencia nueva, y optó por reírse de ella. Lo que no hizo más feliz a la persona que se retiraba. Frunció el ceño y siguió caminando.

Unas cuantas mujeres se cruzaron con Leo. Le miraron de arriba abajo. Las miradas que le dirigieron por encima de sus hombros eran de acercamiento. Él podría haber ido. Pero, por supuesto, no lo hizo.

Aparte de ser padre de una niña, Leo nunca había sido de los que tienen aventuras. A diferencia de su hermano. Toda su vida, Leo había sido un hombre de una sola mujer. Y como estaba comprometido desde su nacimiento, se había mantenido fiel a la única mujer a la que le hizo sus promesas.

La única mujer que había besado era su difunta esposa. La siguiente mujer a la que besaría tendría el mismo título y la misma responsabilidad. Era simplemente su suerte en la vida. Una que aceptaba.

Leo se volvió y miró hacia la calle. El tráfico había disminuido en los pocos minutos que llevaban aparcados. Los vehículos volvían a circular cerca del límite de velocidad. Excepto en los semáforos y en los pasos de peatones.

En el cruce de la calle que tenía delante, una mujer miraba su teléfono. Los peatones se habían retirado del centro de la calle y estaban a salvo en el paso lateral. Pero esta mujer no prestaba atención a la mano roja que le indicaba que se detuviera. Estaba demasiado concentrada en su teléfono.

Un camión dobló la esquina, circulando a la velocidad permitida. La mujer siguió mirando hacia abajo. Por el ángulo, Leo pudo ver que estaba en el punto ciego del conductor. Ninguno de los dos veía al otro.

¿Quizás fuera la sangre guerrera de sus antepasados árabes? ¿O tal vez el espíritu aventurero de sus antepasados conquistadores? Tal vez la arrogancia de los aristócratas franceses de su árbol genealógico. Sea lo que sea lo que le puso en movimiento, Leo no pensó. Simplemente actuó.

Leo se apresuró a rodear el coche y salir a la calle. Con sólo un segundo de margen, rodeó a la mujer con sus brazos y la atrajo hacia él. Una fracción de segundo después, el parachoques del camión ocupó el espacio donde ella había estado. La fuerza del tirón de Leo y el impacto de su cuerpo contra el de él los hizo caer al suelo.

La mujer lanzó un grito de sorpresa. Los frenos del camión chirriaron en señal de protesta. Leo gruñó al caer de espaldas con la mujer encima.

—Oh, Dios mío —respiró la mujer—. Oh, Dios mío. Oh, Dios mío.

Miró al camión que estaba a centímetros de ellos. Miró hacia abajo a Leo, que estaba tirado debajo de ella. Puede haber sido la experiencia cercana a la muerte, pero Leo podría haber jurado que vio estrellas brillando sobre su cabeza.

El conductor del camión les gritó antes de girar el volante y maniobrar alrededor de sus cuerpos enredados.

El camión se alejó con una ráfaga de gases. Leo cubrió la cara de la mujer con su hombro para protegerla de los gases. Cuando el aire se disipó, se quedó mirando los ojos marrones más deslumbrantes y profundos que jamás había visto. Era un marrón tan oscuro que casi podría ser negro, pero había una luz en el centro que irradiaba hacia fuera. Por un momento, Leo quedó aturdido.

—Muerte por dragón —dijo ella.

Arrastró los ojos de sus labios. Ella no llevaba lápiz de labios, probablemente sólo cacao ya que sus labios estaban vidriosos, y olía ligeramente a menta y cerezas. ¿Perdón?

—Casi me mata un dragón.

Ella miró en dirección a la camioneta que se alejaba. Fue entonces cuando Leo se fijó en el dragón verde que había en el lateral del camión y que detallaba Servicios de Tintorería Dragón.

—Me has salvado —dijo ella—. Mi propio caballero de brillante armadura.

—No soy un caballero.

—Estás en mi libro.

Ella le sonrió y él volvió a quedarse sin palabras. Su mirada se fijó de nuevo en los labios de ella. Y entonces, maravilla de las maravillas, su lengua rosada se coló por la comisura de la boca para humedecer sus labios ya brillantes. El hambre de Leo se multiplicó por diez.

Hizo falta una serie de bocinazos para devolverle al presente y al peligro que aún les acechaba. Permanecieron en medio de la calle con los coches pasando en flecha junto a sus cuerpos aún entrelazados.

Su damisela se apartó de su pecho para enderezarse. Luego se inclinó y ofreció su mano a Leo. Él se quedó mirando la mano que le ofrecía durante otro segundo, preguntándose cómo se habían invertido los papeles.

Al final, tomó su mano en la suya. No utilizó ninguna de sus fuerzas para ayudarle a levantarse. Se levantó por sí mismo. Mientras lo hacía, se deleitó con el tacto de su carne contra la suya.

Se dirigieron a la acera, todavía de la mano. Demasiado pronto, ella le retiró la mano. Luego le dio una palmadita en las piernas del pantalón, peligrosamente cerca de las joyas de la corona.

—Oh, no —dijo ella—. He estropeado tu traje.

Leo miró hacia abajo para ver que había manchas en el lateral de su abrigo y en la pernera del pantalón. Hacía mucho tiempo que una mujer no le había tocado. Aunque ella estaba cepillando con bastante dureza.

—Iba con prisas —dijo ella, con la mirada puesta en las motas de suciedad y mugre de la tela de su ropa—. Estaba tratando de pedir comida con mi teléfono. Estoy en mi descanso para comer y no tengo mucho tiempo. Por eso estaba mirando mi teléfono. Y ahora estoy balbuceando. ¿Es ese tu coche?

A Leo le costaba seguir el ritmo. Miró de la mujer a su teléfono, de nuevo a ella, y luego al coche.

—Sí.

—Sabes que no puedes aparcar ahí. Te pondrán una multa.

Sacudió la cabeza. —Inmunidad diplomática.

—Oh. Oh, conozco esa bandera. Es la bandera de Córdoba.

El naranja, el rojo y el azul para representar los diferentes países de los que procedía la mayoría de los cordobeses. Con la bandera de su país expuesta de forma destacada y orgullosa en el coche de la ciudad, Leo dijo adiós a su anonimato.

—¿Trabajas para el príncipe? —preguntó.

Sin pensarlo, la verdad salió de su boca. —No, soy el rey.

—Oh, ¿trabajas para el rey? ¡Qué emocionante!

Claramente, ella lo había malinterpretado. Debe ser el acento otra vez. Pero Leo decidió seguirle la corriente. Un poco de emoción lo recorrió al ver que su anonimato había sido restaurado.

—En realidad no es nada emocionante. El rey se ocupa de los asuntos de Estado. La agricultura, los impuestos, los bienes inmuebles.

—¿Pero tú vives en el castillo? Me encantaría saber más sobre eso. ¿Puedo invitarte a una taza de café y un trozo de tarta como agradecimiento por haberme salvado la vida?

—¿Una taza de café de una hermosa desconocida? Sí.

Mientras se acercaban a la puerta de la pastelería, Leo vio que Giles le fruncía el ceño. Le hizo una señal para que mantuviera la boca cerrada. Giles lo fulminó con la mirada y Leo pudo oír el resoplido desde el otro lado de la habitación. Pero por una vez, el hombre hizo lo que se le ordenó y mantuvo la boca cerrada. Incluso si estaba presionado en una línea de clara desaprobación.

—Soy Esme, por cierto.

—Yo soy Leo.

Capítulo Cuatro

A pesar de todos los cuentos de hadas, las novelas románticas y las películas de Hallmark que Esme consumía, nunca se había considerado del tipo damisela en apuros. Pero ahora mismo le funcionaba. Esme había caído en los brazos de un héroe de la vida real.

Técnicamente, se había estrellado contra él mientras hacía la cosa más benigna y estereotipada que podía hacer una americana millennial. Pero qué importaba, porque había valido la pena, y ella iba a vivir para contarlo, y vaya cuento que se estaba montando.

Leo le tendió el brazo en un perfecto ángulo recto de caballerosidad. Como en las películas de época de la BBC que había visto en la televisión pública cuando era niña. Se asustó por un segundo, sin saber exactamente qué hacer.

¿Puso su mano bajo el codo de él y dobló los dedos en el pliegue? ¿O poner la mano sobre el antebrazo de él, apoyando ligeramente los dedos? ¿Qué había hecho la actriz que interpretó a Elizabeth con el Sr. Darcy en *Orgullo y Prejuicio*? No la película de dos horas de Keira Knightley que se emitió hasta la saciedad en la televisión por cable. La deliciosamente larga, de cuatro horas de duración, que se emitía los fines de semana durante las campañas de donación.

Al final, decidió que quería algo de esa acción de ladrones. Así que Esme colocó su mano entre sus costillas y sus bíceps. Sus nudillos rozaron el fino abrigo que había arruinado con su épico despiste. Su abrigo era más fino que su ropa más cara. Eso no era mucho decir, ya que ella solía comprar en tiendas de segunda mano y no en la Quinta Avenida. Pero todo pensamiento la abandonó cuando las yemas de sus dedos se encontraron con sus abultados músculos.

Y —oh, muchacho— qué abultados eran.

Este hombre de palacio no era un vago. Había más colinas que valles en su brazo que en el Gran Cañón. Se preguntó qué hacía para el rey. Tenía que ser de seguridad, con ese físico, y esa cara seria, y las habilidades de héroe.

¿Quizá capitán de la guardia del rey? ¿Tal vez era un caballero? En los libros de cuentos, los hombres que protegían a los reyes eran siempre caballeros. Pero él dijo que no era un caballero. Aun así, siempre sería su caballero de brillante armadura.

Y para demostrarlo, le sujetó la puerta y le permitió entrar antes que él. Incluso inclinó ligeramente la cabeza cuando le permitió pasar. El corazón de Esme dio un vuelco y se estrelló contra sus costillas.

Oh, vaya, estaba en un gran problema.

Un hombre estaba en el mostrador y los miraba con el ceño fruncido. Tenía el mismo bronceado dorado y la misma apariencia oscura que Leo. Vestía de forma similar, pero era claramente mayor. Probablemente unos pocos años. No tenía arrugas en la cara, pero sus ojos estaban llenos de cansancio.

—He decidido comer mi pastel aquí, Giles —dijo Leo—. Sé que tenemos un horario y que tenemos que llegar a la ONU para el discurso del Rey. No tardaré mucho.

Giles miró a Leo por encima de la cabeza de Esme. Luego volvió a mirarla a ella. Si cabe, su ceño se frunció aún más, como si oliera algo de la cloaca. Pero inclinó la cabeza. Con una mirada más a Esme, dejó el recipiente de la tarta para llevar en el mostrador y se dirigió hacia la puerta.

—Lo siento. —Leo tomó asiento junto a ella en la barra—. Giles odia llegar tarde.

—No quiero apartarte de tu trabajo. —Eso era una mentira. Sí. Sí, ella quería retenerlo.

—Tenemos mucho tiempo para llegar. Giles cree que si llegas a tiempo, llegas tarde.

—Yo tampoco tengo tanto tiempo. Sólo estoy en un corto descanso para comer. Incluso más corto ahora desde mi roce con la muerte.

—¿Qué?

Ambos se volvieron para mirar a la mujer detrás del mostrador. Ella golpeó sus manos sobre el mostrador junto con la exclamación. El golpe fue sólo un ruido sordo, ya que sus manos estaban cubiertas por guantes de cocina.

Esme levantó las manos en señal de calma.

—Sólo era una forma de hablar, Jan.

—A menudo eres propensa a lo dramático, pero siempre se basa en un mínimo de verdad. —Jan conocía a Esme demasiado bien. Era una condición que venía con ser mejores amigas.

—Cuando te estaba enviando un mensaje, no estaba mirando por dónde iba y me metí en el tráfico.

Los ojos de Jan se abrieron de par en par como una tartera redonda.

—Por suerte, Leo me salvó tanto la vida como el teléfono de un desastre seguro.

—Te juro, Esme, que siempre tienes la cabeza en las nubes. Tienes que mantener los pies, y los ojos, en el suelo.

Jan deslizó un trozo de tarta hacia Esme. La corteza estaba oscurecida con vetas negras y el relleno verde se derramaba por los lados.

—Hablando de experiencias cercanas a la muerte, aquí tienes tu tarta de manzana envenenada.

Esme se frotó las manos, preparándose para hincarle el diente a su comida favorita.

—¿Envenenada? —preguntó Leo, con la cara contorsionada por el horror. Pero incluso con esa mueca, seguía siendo endemoniadamente guapo.

—Oh, es una broma —aclaró Esme—. Me llamo como una princesa.

Algo cambió en sus rasgos. Esme no podía saber si era sorpresa o consternación.

—La princesa Esmeralda, de El jorobado de Notre Dame de Disney.

—Conozco la historia —dijo él—. Pero no se comió una manzana. Y no era una princesa. Era una plebeya.

Esme se encogió de hombros. —Licencia poética.

De nuevo, su mirada se volvió inescrutable.

—Supongo que esto es para ti. —Jan sacó la tarta empaquetada de su recipiente y la colocó en un plato.

Las especias de una tierra extranjera hicieron cosquillas en la nariz de Esme. El calor de las especias le calentó las mejillas. La dulzura del aroma le hizo cosquillas en la lengua, tentándola a pedir un bocado.

—Por eso me detuve —dijo Leo—. No he podido resistirme a tu estratagema de la auténtica comida cordobesa. Esto parece y huele igual que una bisteeva.

Hincó el diente y probó un bocado. Los ojos se le pusieron en blanco, lo que era habitual en la panadería de Jan.

—Sabe igual que la bisteeva del cocinero del palacio —dijo Leo, dando otro bocado—. No, mejor. Por favor, no le digas que he dicho eso.

Jan sonrió de oreja a oreja ante otro converso a sus costumbres culinarias.

—Leo, esta es mi mejor amiga y la creadora de las mejores tartas del mundo, Jan.

—Hola, Jane.

—No, es Jan —corrigió Jan—. Sin E. Soy demasiado sencilla para ser siquiera una Jane. Sólo Jan.

Leo dejó caer el tenedor y le tendió la mano a Jan. Jan le tendió la mano, que estaba en el horno, para que se la estrechara. Leo sonrió, le dio la vuelta a la mano con la palma hacia arriba y le plantó un beso en la tela cubierta de margaritas.

—Vaya —dijo Jan—, eso es nuevo.

Vaya, en efecto. Esme no había recibido un beso en la mano. Nunca había tenido un hombre que le hiciera eso. Soñaba con ello lo suficiente. Supuso que Leo podría habérselo hecho, si ella hubiera estado bien cuando se conocieron.

—¿Has visitado Córdoba? —preguntó Leo.

—No he visitado ningún sitio —dijo Jan—, sólo que siempre me han gustado las especias. Esos pequeños clavos, maíces y flores pueden transportar tus papilas gustativas alrededor del mundo y de vuelta por una fracción del precio.

Leo asintió. —Las almendras son tan dulces como si las hubieras arrancado directamente de un árbol en Mallorca. El comino me calienta la boca como si estuviera tumbado en el Mediterráneo. Y has utilizado pichón de verdad en lugar de pollo.

—Me sorprende que puedas notar la diferencia.

—Tienes un don.

Leo dio otro bocado a su pastel. Cerró los ojos y gimió de placer. No había música en la pastelería. Lo único que se oía era un coro de gemidos felices de los clientes. Era la música para los oídos de Jan.

Jan miró a Leo y luego a Esme. Su amiga, incondicionalmente soltera, le dedicó a Esme una sonrisa de aprobación antes de apartarse para atender a otro cliente. Esme volvió a prestar atención a su propia rebanada. Dio un mordisco mientras pensaba en un tema de conversación para mantener el interés del hombre que se sentaba a su lado.

—Entonces, Leo, ¿cómo es el rey de Córdoba? ¿Es viejo y propenso a la locura como el rey Lear? ¿Es un idiota torpe como el padre de Jazmín en Aladino? ¿O está mal de la cabeza como la Reina de Corazones en Alicia en el País de las Maravillas?

—Tienes mucha imaginación.

—Es mi maldición.

—Me gusta. —Se tragó lo último de su tarta, cerrando los ojos mientras se sacaba lentamente las púas del tenedor de la boca.

Esme estaba hipnotizada. Oh, ser una de esas cuatro púas.

—Sin embargo, estás completamente equivocada sobre la regla monástica moderna —dijo.

—¿Perdón?

—Sobre la monarquía moderna. Dirigir un reino es muy parecido a dirigir una empresa de Fortune 500, solo que más difícil.

—¿Cómo es eso?

—En los tiempos antiguos y medievales, los reyes eran considerados representantes de Dios en la tierra. Eran dueños de la tierra y, a menudo, de las personas que la habitaban. Con el tiempo, su poder se vio limitado por los nobles feudales, ya que no podían gestionar las enormes cantidades de tierra y recursos por sí mismos. Más tarde, llegaron a depender de la ayuda de la iglesia. Aunque en la mayoría de los casos, el papado los obligaba a hacerlo. Los reyes juraban mantener la paz, administrar la justicia, defender las leyes y proteger a los pobres que residían en sus tierras. La democracia creció a medida que los pueblos se hicieron autónomos, pero la influencia del rey siguió siendo fuerte en muchas tierras.

Era una deliciosa lección de historia. Pero ella no veía el punto. —Entonces, ¿qué hace realmente el rey?

—En esta época, los reyes y reinas de las naciones delegan su poder para que la policía mantenga la paz, los tribunales impartan justicia y los gobiernos se ocupen de legislar. Y en algunas monarquías, son simples testaferros.

—¿Y en Córdoba?

—En Córdoba, me gustaría creer que el rey dirige. Pero no lo hace solo. Hay un parlamento.

—¿Como en Inglaterra? ¿Así que el rey hace algo más que sacarse fotos y salir de vacaciones?

—Sí, pero también hace de intermediario en los negocios de las industrias del país. Hace tratos con sus recursos. Está muy al mando de la economía, incluso con los legisladores al frente. Córdoba tiene una larga historia en la que el rey desempeña un papel activo. Eso continúa hoy.

—Parece un gran hombre —dijo Esme—. No es exactamente la materia de los cuentos de hadas.

—La nobleza de la realidad nunca ha reflejado lo que aparece en los libros de cuentos. Los de sangre real suelen casarse con otros de sangre real. Sólo se oye hablar de las excepciones, como los Windsor, y a menudo aparecen en los tabloides, no en los libros de cuentos.

—¿Entonces no crees en el romance o en los cuentos de hadas?

—Son dos cosas diferentes. Los cuentos de hadas son historias inventadas.

—¿Y el romance?

Leo miró a lo lejos. —El romance es real. Pero no todo el mundo puede tenerlo.

—No me imagino casándome por otra cosa que no sea el amor. ¿Qué sentido tiene?

—Seguridad financiera. Protección. El deber. Por eso la nobleza se casaba en el pasado, así como en el presente. Muchos plebeyos todavía se casan por conveniencia. El amor romántico sólo tiene unos cientos de años.

—Se ha escrito sobre él durante miles de años.

—También los cuentos de hadas.

—Bueno, entonces, es una suerte para nosotros que ambos seamos gente común, y podemos elegir casarnos por amor y no por obligación.

—Sí. Qué suerte tenemos.

Un carraspeo detrás de ellos. Esme levantó la vista para ver al desaprobador Giles mirándola una vez más.

—Mis disculpas, Esme, pero el deber me llama. —Había verdadero pesar en la voz de Leo—. Tengo que volver al trabajo. Ha sido un placer conocerte.

Le tendió la mano. Ella se la dio. Había migas de pastel en las yemas de sus dedos. Ella se sacudió para llevar la mano hacia atrás en un esfuerzo por limpiar el pastel, pero Leo detuvo su mano. Le dio la vuelta a la palma de la mano y la besó.

Las mariposas se dispararon en el vientre de Esme. Quiso decir algo, pero se le trabó la lengua. Y en el momento en que se recuperó, él desapareció.

Capítulo Cinco

Leo se chupó los dedos, atrapando las últimas migajas de los bocados de la golosina que le recordaba a su hogar. La corteza dorada le había transportado a las playas de arena de la isla situada al este de Barcelona. Las notas dulces y afrutadas le habían llamado a la región vinícola francesa del norte de Córdoba. Y la mezcla de especias recordaba a sus antepasados árabes del sur. El pastelero había capturado toda la historia y la cultura cordobesa en un bocado perfecto.

—¿Puedes pedir algunos de éstos para la cena de esta noche? —le dijo Leo a Giles.

Giles sacó su móvil e hizo el pedido mientras Leo se relamía el último trozo de la punta de los dedos. Era de mala educación chuparse los dedos, sin duda, pero no había nadie observándolo. Giles estaba preocupado por la pastelera. El conductor tenía los ojos puestos en la carretera. Y la mente de Leo estaba... en otra parte.

Más adelante, vio el camión de la tintorería con el logotipo del dragón verde aparcado en una tienda. Si estuviera en movimiento, Leo podría tener la idea de cargar hacia adelante en la lucha una vez más. Pero su damisela estaba a salvo en un taburete de la pastelería.

Leo se preguntó si al acercar su oído al teléfono de Giles podría escuchar su risa tintineante. Captaría el leve respiro de ella mientras se inclinaba y le escuchaba recitar los aburridos detalles de su trabajo, un trabajo que él había fingido que no era suyo. Sin embargo, le había fascinado de todos modos.

Esme lo había llamado caballero, héroe. Como un verdadero rey, no era nada de eso. Era solo un noble con traje. Un hombre de negocios en realidad. Y el título lo colocaba como una figura con mucha responsabilidad. Una de esas responsabilidades era encontrar una nueva esposa.

Pensó en la sonrisa de Esme. Sus bromas fáciles. Su imaginación salvaje. Su acento americano y su aspecto de chica de al lado. Probablemente era tan roja como una americana podía ser. No es probable que corra ninguna pizca de azul real por sus venas.

Ella no era para él, por supuesto. Definitivamente no era una candidata para sentarse a su lado en el trono. Pero una encantadora compañera de almuerzo para sentarse a su lado en un taburete.

Había disfrutado de su conversación. Había disfrutado de la evasión que ella le había ofrecido, aunque sólo fuera por un momento. Mientras comía un trozo de tarta, había sido un tipo normal que charlaba con una chica de forma casual. Nunca había hecho nada casual en su vida. Cada uno de sus movimientos, pensamientos y decisiones eran una cuestión de estado.

Su tiempo con Esme había sido su escape en un libro de cuentos imaginario. Ahora volvía a los negocios cuando el coche se acercaba a la sede de las Naciones Unidas.

La alta estructura de cristal y hormigón se parecía a cualquier otro edificio de oficinas de la ciudad. Una de sus características distintivas era el conjunto de banderas que ondeaban en los postes. Había docenas. Ciento noventa y tres para ser exactos. Leo distinguió fácilmente la bandera cordobesa con sus firmes colores naranja, rojo y azul.

—¿Tiene sus notas? —preguntó Giles.

Por supuesto que sí. Siempre estaba preparado. Pero Giles tenía que hacer la pregunta, era su trabajo.

Leo sabía que otros en la posición de Giles tenían un tiempo con sus nobles. Alex no podía mantener un valet o un asistente. Los hombres, y una mujer, se dieron por vencidos en cuestión de semanas tratando de convencer al hombre. La mayoría de las veces no podían encontrar a Alex, ya que a menudo se subía a un avión o a un yate y se encontraba en algún oscuro rincón del mundo atiborrándose de platos exóticos. Leo era el empleador perfecto y de la realeza. Giles no debería quejarse.

—¿Qué le ha pasado a su traje? —Giles lo miró con horror. Unas cuantas manchas de su tiempo en la calle con Esme permanecían en la parte inferior de su chaqueta.

—Oh, he rescatado a una damisela en apuros. Esme, la mujer de la pastelería. —Con su nombre en la lengua, Leo recibió una última ráfaga de dulzura justo detrás de sus dos dientes delanteros que, de alguna manera, había pasado por alto. Tragó el último bocado y sintió su presencia desplazarse hacia el fondo de la garganta y bajar por el pecho.

A Giles no le hizo ninguna gracia. —Tenga, cámbiese con el mío.

Leo lo hizo. Por suerte, él y Giles eran del mismo tamaño, y el abrigo de Giles era casi tan fino como el de Leo. Con ese desastre evitado, y los últimos rastros de su aventura desaparecidos, se dirigieron al edificio.

La función de la ONU era mantener la paz y la seguridad internacionales. Córdoba no estaba amenazada. El pequeño país no lo había estado durante siglos. Antaño, los antepasados de Leo tenían una fortaleza en las tierras de lo que sería la actual España y Francia. Pero con una historia violenta, el pueblo se desgarró, las fronteras se desplazaron hasta que finalmente, los actuales cordobeses se encontraron en una exuberante isla del Mediterráneo.

El pueblo no podía quejarse. La isla estaba rodeada de playas vírgenes. Hacia el interior había exuberantes valles y altas montañas. El suelo era fértil y la pesca abundante.

Otra parte de la carta de la ONU era la protección de los derechos humanos. Córdoba no tenía cargos por violaciones inhumanas. Incluso en un país poblado por antiguos enemigos que habían saqueado a sus antepasados, ahora había armonía entre la mezcla de franceses, españoles y africanos.

En cuanto a la ayuda humanitaria, gracias a su industria pesquera y al petróleo que se encuentra en los alrededores de la isla, Córdoba era lo suficientemente rica como para ayudar a sus vecinos. Pero había más oportunidades. Leo estaba aquí para tender la mano a otro de los objetivos de la ONU, el del desarrollo sostenible.

—Somos un pequeño estado insular —dijo desde su lugar en el atril—. Hemos tenido un gran éxito y prosperidad que nos gustaría compartir con ustedes, nuestros compatriotas internacionales. Nuestros antepasados se enfrentaron a guerras, trasladaron fronteras, se segregaron, se integraron y, a pesar de todo, sobrevivimos y salimos fortalecidos del otro lado. Podemos ser pequeños, pero somos poderosos.

En su discurso no mencionó que la pobreza había aumentado el año pasado, ni que los embarazos de adolescentes estaban en alza. Los ciudadanos de más edad eran económicamente estables y estaban contentos en sectores establecidos. Pero los jóvenes de Córdoba tenían pocas perspectivas de trabajo y demasiado tiempo libre. Los que eran brillantes y ambiciosos abandonaban el país en masa. Los que veían pocas o ninguna oportunidad procrastinaban y procreaban.

El gobierno tenía que crear una nueva industria para mantener a sus jóvenes ocupados y que permanecieran en el país. Pero todos los recursos cordobeses estaban agotados. Necesitaba sangre fresca, sangre azul fresca.

Al final de su discurso, Leo fue recibido con un cortés aplauso. Supo que había tenido éxito cuando dos individuos se acercaron a él. Todo el tiempo, el discurso había sido para una audiencia de dos.

El duque de Almodóvar era un hombre corpulento, con una barriga redonda y un bigote rizado y canoso. El hombre había utilizado su título para construir un imperio en los mares, al igual que sus antepasados piratas. Suyo era el favor que Leo cortejaba. Pero lo más importante era la mujer que caminaba a su lado, cuya atención Leo esperaba captar.

—Rey Leónidas, os presento a mi hija, Lady Teresa Nadal, la futura duquesa de Almodóvar.

Lady Teresa hizo una reverencia y luego extendió su mano. Leo tomó la mano ofrecida, plantando un ligero beso en los nudillos de Lady Teresa. Esperaba un fuerte olor a perfumes caros. Le sorprendió gratamente el olor a canela dulce.

—Me ha impresionado mucho su discurso —dijo Lady Teresa—. Me preguntaba si podría encontrar tiempo en su agenda para hablar de negocios.

—Por favor, disculpe a mi hija —dijo el duque—. El negocio familiar nunca está lejos de su bonita mente.

Lo que estaba en la mente de la mayoría de las hijas de la nobleza era el negocio familiar de mantener la línea real. Había oído que Lady Teresa tenía intereses más industriales, lo que se ajustaba perfectamente a las necesidades de Leo.

—No me importa en absoluto —dijo Leo—. De hecho, esta noche tengo una cena. Sólo una pequeña reunión del senador del estado, el alcalde y algunos otros dignatarios. Me encantaría que usted y su hija pudieran asistir.

—Mi padre tiene otro compromiso —dijo Lady Teresa—. Pero yo estaría encantada.

Los Almodóvar eran uno de los constructores marítimos más exitosos de toda Europa. Córdoba había aprovechado al máximo su tierra. Ahora Leo pretendía conquistar las aguas. Para ello necesitaba una asociación con la familia. Qué mejor manera de construir un puente que a la antigua usanza: el matrimonio entre nobles.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, купив полную легальную версию на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.